

COLUMNISTA INVITADO

## Llegar al gobierno no es apropiarse del Estado

**Ética y control son bases de un contrato político que asegure la separación del patrimonio público y el privado.**

Por: Felipe De la Balze

Fuente: ECONOMISTA Y NEGOCIADOR INTERNACIONAL

Nuestro país parece un barco a la deriva en el océano crispado de la desunión y el faccionalismo. No contamos con la brújula de un proyecto nacional compartido que ponga en marcha nuestro enorme potencial. Tampoco disponemos de un marco institucional que facilite la negociación de nuestras diferencias para integrarlas en un proyecto superador que nos permita progresar.

El ciclo de esperanza y desilusión por el que atravesamos hoy no es nuevo. Tener la impresión de iniciar una nueva época -y recomenzar de cero- se repite constantemente en nuestra historia. La expectativa se trunca recurrentemente. La sensación de flexibilidad que muchos argentinos se esfuerzan por mantener en sus vidas, a menudo con éxito, se torna falsa al nivel de nuestro esfuerzo colectivo.

La crisis se corrige temporariamente con la aparición de líderes providenciales que intentan establecer un liderazgo hegemónico. Nombrar a familiares y amigos en puestos clave, acumular recursos económicos, controlar la justicia, manipular el proceso electoral y utilizar el aparato estatal para someter a sus oponentes son los instrumentos distintivos de esta ambición.

En ese contexto, la República flaquea, el equilibrio de poderes se vuelve ilusorio y las instituciones se debilitan. La crisis de nuestro Estado es independiente del sesgo partidario o ideológico del grupo gobernante. La democracia mantiene su legitimidad de origen (electoral) pero gradualmente pierde su legitimidad funcional y se torna un cascarón sin contenido. Aferrada a sus privilegios, nuestra dirigencia prefiere la cosmética del status quo. Lo que predomina es el gatopardismo: se cambia algo en la superficie para que nada se modifique en el fondo. El sistema se acomoda a las cambiantes circunstancias internas y externas modificando la fachada: se vuelve sucesivamente progresista y defensor de los derechos humanos, modernista del primer mundo, restaurador del orden, pero la esencia queda.

La oposición no se basa en partidos políticos sino en personalidades singulares capaces de expresar a segmentos de la opinión pública; los partidos acompañan, pero no son los actores decisivos del drama que sufrimos recurrentemente. Cuando la inevitable crisis se precipita, y el poder personalista se evapora, la respuesta de las instituciones (en particular el Congreso, la Corte Suprema y los partidos políticos) es anémica, lo que agrava sus consecuencias para los ciudadanos. Un sistema político con estas características es por definición inestable y nos condena a una eterna decadencia económica y social.

¿Pero por qué nos pasa lo que nos pasa? Reconocer la realidad es un imperativo inexcusable si deseamos cambiar. Nuestros dirigentes tienen sobrada capacidad para acumular poder y, a la vez, una escasa disposición a trasladar esa energía a fortalecer las instituciones del Estado. Sobran los buenos políticos y escasean los estadistas. El

meollo de nuestra flaqueza es que muchos de nuestros políticos no saben o no quieren distinguir lo privado de lo público; la política, de la administración; el gobierno de turno, del aparato del Estado.

En nuestra cultura política, el uso privado de la cosa pública está profundamente arraigado. Para muchos, llegar al gobierno equivale a apropiarse del Estado. Así, confunden su propia fortuna en el poder -y la de sus familiares y amigos- con el éxito del país y le niegan al Estado su autonomía y a los ciudadanos sus derechos. El Estado languidece, pierde su legitimidad y se torna incapaz de imponer a la sociedad las normas básicas de convivencia, en particular, la primacía de la ley. Los argentinos convivimos con un Estado perforado por los intereses particulares: el nepotismo (el usufructo por los familiares), el tráfico de influencias (en beneficio de amigos y socios), el clientelismo (que torna dependientes a los necesitados) y la corrupción, son moneda corriente.

Nos toca vivir en una sociedad poco respetuosa de las normas, donde el poder no está sujeto a controles. Los órganos de control están cooptados por los intereses que supuestamente deben vigilar y la economía de mercado funciona mal porque la proximidad al poder sustituye al esfuerzo como vía para obtener ganancias.

La condición esencial de funcionamiento de un Estado moderno es el principio de la separación del patrimonio público y del privado. Todas las democracias exitosas están fundadas sobre el principio de que el Estado es un bien común y no una propiedad particular de los líderes de turno. La transformación de un Estado, como el nuestro, colonizado por la política y el personalismo, en un Estado al servicio de la ciudadanía es ardua, pero no imposible, como lo demuestran las democracias más desarrolladas.

Si queremos progresar, precisamos un nuevo contrato entre gobernantes y gobernados. La cuestión de la reforma del Estado debe ser el marco de referencia de los futuros liderazgos. Para reformar nuestra cultura política, debemos promover valores y controles. Es la suma de la ética (los valores) y del miedo (los controles) la que mantendrá a raya los excesos del poder.

Dar buen ejemplo de arriba, fortalecer y despolitizar los órganos de control (la Auditoría General de la Nación, la SIGEN, la Oficina Anticorrupción, la Fiscalía Nacional de Investigaciones, el Consejo de la Magistratura y el INDEC) y profesionalizar la administración pública son pasos indispensables para iniciar la transformación. El cambio ocurrirá de arriba hacia abajo, cuando llegue al poder un grupo decidido a frenar la corrupción con su propio ejemplo e instalar transparencia en los actos de la administración pública con auditorías y rendición de cuentas a la ciudadanía.

Cuando esto suceda, habremos dado los primeros pasos para construir un Estado de derecho con efectiva supremacía de la ley. Estaremos dejando atrás décadas de decadencia y desplegando las alas de nuestro inmenso potencial.